

la frontera, resolvieron acatar las disposiciones del Gobierno de Veracruz.

El general Zuazua pidió entonces á Degollado una licencia, que éste le concedió, y se retiró á la vida privada.

Vidaurri sintió entonces el vértigo del despecho, y osó dirigirse á Degollado pidiendo á éste que le entregara á Quiroga para castigarlo; el general en jefe se negó á semejante atentado. Vidaurri entonces levantó con su decreto de 5 de Septiembre de 1859 el estandarte de la rebelión llamando á las fuerzas de Nuevo León y Coahuila; pero, arrastrado por la versatilidad de su carácter, modificó después su decreto reconociendo al Sr. Juárez, desconociendo al Sr. Degollado, y poniendo á éste fuera de la ley.

No sabemos si por la inspiración del Sr. Degollado, ó por el deseo de los jefes fronterizos de acabar con la perniciosa influencia de Vidaurri, el hecho fué que el general Zaragoza y el coronel Escobedo, solos, sin fuerza alguna, marcharon á Monterrey donde hicieron el 25 de Septiembre un pronunciamiento contra Vidaurri, á quien aprehendieron en el mismo palacio. Después se le expidió un pasaporte para que saliera de la ciudad, encargándose del gobierno el general Aramberri por nombramiento del Sr. Degollado, aprobado por Juárez.

Pero "al carácter de Vidaurri cuadraba vencer dificultades," como él mismo decía en una carta que alguna vez escribió al que traza estas líneas. Reunido en Lampazos con Zuazua, á quien arrastró en tan mal camino, ambos recorrieron los pueblos del Norte, y con la corta fuerza que organizaron, eludido á la que salió á combatirlos, llegaron casualmente á las orillas de Monterrey, en cuya plaza mandaba Zaragoza.

Entre hombres de la misma comunión política, hermanos de armas, que juntos habían vencido á la reacción, fácil fué tener un arreglo que evitara otra colisión sangrienta y se convino que renunciase Aramberri el gobierno, substituyéndolo el Presidente del Tribunal, y convocándose á elecciones de gobernador del Estado. Irregular fué esa decisión de la mayoría, puesto que el Presidente Constitucional había aprobado el nombramiento de Aramberri; pero urgía á los heroicos fronterizos terminar aquella cuestión local, para prestar mejor sus servicios contra la reacción tacubayista. Nombrado gobernador el Sr. Vidaurri, poco duró la calma política, pues habiendo pedido este funcionario facultades extraordinarias al Congreso, éste se las negó

y los diputados, sostenidos por Aramberri, Escobedo, Martínez, Treviño, García y otras, se retiraron á Galeana, organizando allí un gobierno provisional.

La lucha iba á empeñarse, y Aramberri desprendió fuerzas para el Saltillo, cuando Zuazua y Vidaurri salieron con tropas para atacarlo; en la noche del 30 al 31 de Julio de 1860 pernoctaron estos jefes en el rancho de San Gregorio, acompañados de algunos ayudantes y una escolta. Llegaba á la vez á un monte inmediato una pequeña partida de congresistas, capitaneada por el coronel Eugenio García, que había salido de Galeana con rumbo á Pesquería, y marchaba con desconfianza para no encontrarse con el enemigo.

Los congresistas hicieron alto, y temiendo bajar al rancho, enviaron sólo á un mozo que comprara pastura para los caballos tornó; poco después éste dando parte de que se encontraba allí Vidaurri y Zuazua, casi solos; resolvieron entonces los congresistas dar un *al-bazo* á éstos, y permanecieron quietos las primeras horas de la noche.

Después de media noche, y á la luz de una luna espléndida, García con los suyos se dirigió con cautela al rancho y asió este penetrando al patio. Allí, en un corredor, dormían los dos jefes, quienes despertaron á los primeros tiros.

Al ponerse en pie Zuazua cayó herido de una bala, muriendo en el acto. Los congresistas se retiraron irroteándose con la fuerza que los perseguía.

Así murió el héroe nuevoleonés, cuya noble figura se destaca en nuestra historia, entre los egregios patricios que tantos servicios prestaron á la libertad y á la Reforma.

Juan Zuazua, el que tantas veces salvó los pueblos del Norte de las asoladoras escursiones de los salvajes; el que con tanto brillo se batió contra el invasor yankee; el que con sus rifleros á caballo implantó una táctica con la cual las huestes republicanas barrieron al disciplinado ejército reaccionario; el valiente caudillo que, el primero, venció al primero de los generales del clero; al que éste nombraba "el invicto Miramón;" el inmortal Zuazua, en fin, llegó á ser la encarnación de un artido y la esperanza de una causa que significaba la salvación de la República.

¡Cuánto sería el valer de un jefe, según dice uno de sus biógrafos, á cuyas órdenes militaron Zaragoza, Escobedo, Treviño, Martínez, Hinojosa, Blanco, Garza Ayala, Guerra, Zayas, muchos de los cuales tienen ya nombres históricos! Cuantos conocieron á aquel

soldado no olvidan su marcial apostura, su mirada penetrante, su frente pensadora y lo correcto y viril de sus maneras. Sereno en el peligro y arrojado en el combate, era irresistible su empuje en el ataque, y á eso debía sus triunfos.

En las inmensas soledades del desierto aprendió, amar la libertad, y adquirió la inquebrantable firmeza de opiniones que fué el principal distintivo de su carácter.

Llegaba al fanatismo su amor por el ideal democrático, y esa exaltación política fué lo que lo ligó tal vez tan sólidamente con Vidaurri, á quien profesaba, no sólo una amistad incondicional, sino una firme adhesión, por creerlo el representante único de los principios radicales del liberalismo.

El tiempo borró para siempre hasta el recuerdo de las disensiones locales que entonces se suscitaron en la Frontera, y que desparecieron al unirse los beneméritos caudillos nuevoleonés contra los enedimigos de la Re-

pública. Y hoy no es sólo el benemérito Estado de Nuevo León el que cifre con aureolas de gloria el nombre del general Juan Zuazua; es la patria que lo coloca entre sus inmortales. (1)

HILARION FRIAS Y SOTO.

(1) Tomamos esta biografía del *Siglo XIX* correspondiente al día 15 de Septiembre de 1895, fecha en que fueron inauguradas en el Paseo de la Reforma de la ciudad de México, las estatuas levantadas allí por el Estado de Nuevo León al general Zuazua y al Doctor Servando Teresa de Mier. Aquel diario de México dedicó una edición de esa fecha á las biografías de estos dos hombres ilustres con motivo de la consagración de sus estatuas, y de la cual tomamos la de Zuazua ya porque está escrita bajo un criterio idéntico al que ha inspirado los trabajos biográficos del presente libro, ya porque la fuente de los datos que sirvieron al Sr. Frias y Soto, sería la misma á que nosotros habríamos recurrido para escribirla sin más alteración de ellos que la forma para presentarlos, literariamente hablando, sin mejorarla indudablemente, pues reconocemos la competencia del autor de la que reproducimos.—Nota del Editor.



VICENTE GARCIA TORRES.

POR un conjunto peculiar de condiciones, entre las cuales la posición geográfica aparece como elemento principal, es el pequeño lugar de la República donde ví la luz de los primeros años, en lo social un puerto contra las borrascas revolucionarias, como en lo físico un abrigo contra las tempestades del mar.

La vida aquí ha trascurrido sin accidentes trágicos, sin explosiones sangrientas, y la historia doméstica—paréntesis sereno en el turbión de nuestros sucesos—está caracterizada por la tranquila evolución del trabajo.

Allí los grandes sucesos locales se esperan siempre del mar, pero el mar es teatro donde el comercio desempeña con el mismo argumento de velas que llegan y velas que se van, el rutinario y siempre pintoresco tráfico de altura y cabotaje.

Sustraído por su aislamiento á las influen-

políticas; es un pueblo que no tiene anales históricos, ni sabe nada de conflictos sociales.

Y por eso tal vez, las narraciones de la historia patria tempestuosas y febriles, encienden en la imaginación juvenil veheméntísimos deseos de conocer ese mundo de hazañas y de luchas, y México, la ciudad revolucionaria, tiene el atractivo de lo monumental, en que toma cuerpo la magia histórica y se presentan vivas y palpables las odiseas contemporáneas.

Encerrada en los estrechos horizontes de aquella pacífica porción de nuestro territorio, sentí como otros muchos jóvenes el aguijón de esa curiosidad insaciable.

Quería yo satisfacer la necesidad de ver bajo todas sus formas, las imponentes producciones de las colectividades poderosas.

Quería saber cómo era un héroe, pero uno de esos héroes aclamados por la admiración nacional; quería ver campeones vivos, caudillos animados, grandes hombres, poetas, escrito-